

CAPÍTULO DÉCIMO PRIMERO:

JESÚS DE NAZARET

1. La fe en Jesús.

Jesús de Nazaret es el centro fundamental de todo el cristianismo, tanto de los ortodoxos, como de evangélicos y católicos. Todos afirmamos de Jesús lo que se dice en el credo de Nicea (325 d.C.). Jesús es Hijo único de Dios, engendrado por Él, de su misma naturaleza, y preexistente. Que se hizo hombre al encarnarse en María, que murió ajusticiado en el patíbulo de la cruz romana, pero sobre todo que resucitó de la muerte, y que esperamos su segunda venida, para establecer su Reino y juzgar a los hombres. Lo que afirmamos no es algo que se deduzca de forma inmediata de la vida del hombre Jesús de Nazaret, sino que es por supuesto una elaboración muy posterior (siglo IV), fruto del estudio y discusión de su vida y obra, que no queda cerrada en Nicea, sino que continúa hasta nuestros días.

Tal vez hay alguno que piense, que Jesús de Nazaret no hizo nada importante. Fue un simple artesano carpintero, que abandona su trabajo y familia para ir a encontrarse con su Dios en el desierto. A partir de ahí vuelve totalmente transformado. Busca unos cuantos enajenados como él, y va con su grupo de amigos recorriendo Israel, como mago y curandero, para decirle a los demás lo que tienen que hacer, viviendo probablemente de lo que les daban, es decir a costa de otros. No hace nada, no inventa nada, no produce nada, sólo habla. Palabras, sólo palabras que se lleva el viento. No fue saduceo preocupado con la interpretación y la posición ante la ley, ni fariseo cuyo interés era el estricto cumplimiento ortodoxo, ni esenio comunidad mística judía, ni zelota defensores de la libertad de Israel. No aumenta la riqueza, ni el poder, ni el conocimiento del mundo que nos rodea, ni siquiera puede liberar a su pueblo del poder de Roma. Pero a nadie puede escapársele, que pasado un tiempo necesario para poner sus palabras en acción transforma no sólo Israel sino a todo el mundo, a Oriente y Occidente, y lo que es más importante a las personas. Su palabra transforma el mundo, a los hombres y mujeres de hoy, y confío y creo que seguirá transformándolos en el futuro.

2. Las fuentes históricas.

A pesar de su indiscutible importancia histórica, para algunos Jesús de Nazaret no es más que uno de tantos personajes míticos religiosos, a modo de una encarnación de la divinidad entre otras muchas surgidas en la historia, propuesta por una secta judía en la Judea del siglo I de la era común o cristiana. Lo que se dice de él y sobre todo el aura milagreira que adorna su figura, cabe suponer su pertenencia a los mitos. Sin embargo, es un hecho comprobado por otras fuentes de la época independientes de las de sus seguidores, que fue un judío condenado y crucificado por subversión contra el poder de Roma, haciéndose rey de los judíos en tiempos del procurador Poncio Pilato. No existe más información de otras fuentes históricas verificables sobre Jesús de Nazaret que permita añadir algo más de su vida, aparte de los documentos elaborados por sus propios discípulos. Mientras no aparezcan nuevas fuentes verificables e independientes de estos, la discusión sobre el personaje histórico que fue, permanecerá abierta. Por tanto no se trata simplemente de un mito y con ello queda zanjada

la cuestión, sino que estamos hablando de una persona que existió en una época y lugar concreto de la historia.

Las fuentes principales sobre Jesús están recogidas en los libros del Nuevo Testamento bíblico cristiano (Evangelios, Hechos, Cartas y Apocalipsis), que tratan de su vida y su mensaje. Hay una serie de documentos y fragmentos no recogidos en el canon, datados la mayoría entre los siglos II y IV conocidos con el nombre de apócrifos, que proporcionan escasa información suplementaria. La coherencia histórica o narrativa de la vida de Jesús que puede extraerse de los documentos canónicos, presenta frecuentes incompatibilidades al comparar las fuentes. Tanto es así que resulta imposible desarrollar una biografía de Jesús sin saltos, o bien sin verse en la necesidad de escoger entre distintas versiones de un mismo suceso, divergentes entre sí en cuanto a tiempos, lugares, ambientes o personajes de la escena y sus comentarios.

En consecuencia, se podría pensar que la biografía sobre Jesús que nos ha llegado es un montaje mal hecho, un invento de sus seguidores, dado sus incompatibilidades y contradicciones, a los que hay que añadir la constatación de ciertos errores históricos por falta de datos o información de los autores. Es relativamente frecuente comprobar que los textos supuestamente originales, han sufrido correcciones, añadidos, transposiciones, errores de copia, etc., que complican su estudio. Algunos historiadores y lingüistas especialistas en el siglo I d.C., han planteado la imposibilidad de llegar al Jesús histórico, a partir de los documentos que tenemos. No obstante, con un paciente análisis de los textos, mediante la metodología de la historia crítica, de la hermenéutica y de la exégesis de los textos, se ha podido llegar a auténticas palabras y actos de Jesús, y distinguirlos de aquellos que son claramente añadidos, aunque los resultados son más bien escasos. Para agravar la situación, hay que aclarar que todos los documentos están datados más de 20 años después de que ocurrieron los hechos que describen.

Cada autor o autores de los evangelios, escriben desde su perspectiva personal e intención, tratando de destacar lo que para él es más significativo según la información que tenía. Así al ser cuatro distintos y con fuentes diversas, resulta que de un mismo hecho circularon varias versiones como normalmente ocurre. De esto no se concluye que los hechos que relatan sean falsos necesariamente, sino simplemente que tuvieron un lugar de origen y autores diferentes. Las contradicciones que aparecen en los documentos que siglos más tarde se consideraron canónicos, precisamente revela el cuidado posterior que se ha puesto en no falsear los escritos, introduciendo correcciones para unificarlos. Mucho más sospechoso hubiese sido la correspondencia entre los 4 autores y sus fuentes, y más simple dejar una sola fuente, por ejemplo el Evangelio de Lucas seguido de los Hechos de los Apóstoles, que sirve de unión entre la vida de Jesús y las Cartas de Pablo. Esta opción fue considerada herética en los concilios de la Iglesia.

3. El Cristo de la fe.

Resulta evidente que los textos están elaborados siguiendo teologías definidas y no como imparciales relatos históricos. De hecho los autores del NT reelaboran la figura del Jesús histórico, transformándolo en otra cosa, en “**el Cristo de la fe**” como figura idealizada y teológica, que les sirvió para llenar de sentido los momentos que inmediatamente les tocaba vivir: el fin de los tiempos y la llegada del Reino, que Jesús anunció como inminente. De este modo resulta una fisura imposible de salvar entre el hombre histórico Jesús y el Cristo teológico. El Cristo de la fe presenta una estructura compacta, con una coherencia interna

perfecta, indestructible al menos por ahora. Llama la atención las escasas propuestas de incongruencia, y aquellas que persisten cierto tiempo al cabo terminan desmontadas. No me refiero a las numerosas interpretaciones y herejías que han surgido deducidas de su estructura central, sino precisamente a su núcleo, el que define la fe en Cristo concreto y determinado con precisión, la fe común de todos los cristianos. Por el contrario, la figura humana de Jesús su biografía y tipología personal es difícil determinarla con exactitud, por las causas que ya he apuntado.

Para algunos no cristianos, la causa de su rechazo se debe a que creen que es probable que existiese un hombre que inspiró el Cristo de la fe, como idealización utópica de su vida, pero afirman que es imposible que exista un hombre capaz de realizarla. Piensan que el lado excelente de Jesús fue ensalzando y edulcorado como ideal humano, pero el lado malo de equivocación, de error y sombras que todo hombre tiene, fue cuidadosamente silenciado. ¿Pacto de silencio de sus seguidores? ¿Silencio impuesto sobre todo por Pedro, Santiago y Juan, las columnas de la Iglesia futura? ¿del renegado del judaísmo Pablo de Tarso, que encontró el filón de su filosofía religiosa en el Cristo de la fe, obligando a los demás al silencio? ¿cuál es la razón de suponer mala intención o mala voluntad en los inmediatos seguidores de Jesús? Hoy se está analizando con lupa los documentos en particular los apócrifos, por si el pacto de silencio, es decir, la mitificación de Jesús en Cristo, puede probarse. Si esto llegase a suceder el cristianismo perdería toda su fundamentación, pues con ello sólo podría aspirar a ser una religión cristocéntrica esencialmente mítica y no basada en hechos reales históricos.

Pregunto, ¿cabría la posibilidad de que el Cristo de la fe y Jesús el hombre histórico coincidan? Es consecuente con los que no creen en un Dios personal, piensen que eso no es posible puesto que el hombre “siempre” es contradictorio, una mezcla inseparable de bien y mal, de altruismo y egoísmo, de luces y sombras, Jesús incluido. Por el contrario los que creemos en un Dios personal nos es más fácil, pues pensamos que Dios si puede hacerlo, con lo cual el hombre Jesús pudo vivir una vida sin mezcla alguna con el mal ni el pecado. Los que se empeñan en decir que Jesús no pudo hacerlo, tendrían que probar la imposibilidad total de que ello pudiera darse. Pero lo tienen difícil porque no hay ningún método válido que consiga eliminar toda posibilidad. Debo admitir que hay cierta probabilidad para negar la coincidencia de Jesús y Cristo, que pudiera ser alta incluso avalada desde una metodología científica contrastada. Pero a causa del propio método científico, la seguridad de sus conclusiones nunca puede ser total o definitiva. No podemos trasladarnos al lugar de los hechos para comprobar lo que en verdad sucedió.

Así que mientras persista una probabilidad aunque sea escasa, que por ahora está lejos de serlo, en cuestiones de opinión o creencia puede ser suficiente cuando la propuesta es de tal grandeza, magnitud y valor, que la compensaría con largueza. Como todo en la fe, se parte de una decisión personal que elige entre alternativas contrarias, siempre y cuando exista como tal sin poder anularla. La fe cristiana en Jesucristo, que une a Jesús y a Cristo en una sola unidad inseparable, constituye la base de nuestra propuesta religiosa. Por ahora la oferta se mantiene, porque existe la posibilidad de que el hombre Jesús de Nazaret sea idéntico y el mismo que el Cristo de la fe, y esta alternativa puede ser elegida con plena responsabilidad y confianza. Y es que si esta alternativa fuese la correcta, la que realmente fuese cierta, si no la elegimos ¿no nos estaríamos perdiendo algo grande, tal vez lo más grande ocurrido en la historia humana?

Con todo, la probabilidad de que sus seguidores hayan divinizado a su gran maestro, un

hombre excelente, un héroe para ellos y reinterpretar su vida bajo este nuevo aspecto, es una cuestión que queda abierta como posible. Esto no es nada nuevo, hay ejemplos varios religiosos o no, que a ciertos personajes de la historia sus seguidores han mitificado, y no por ello les damos credibilidad. Siendo los Apóstoles un grupo de judíos de variada condición, algunos de ellos analfabetos, otros simples artesanos, y todos heterodoxos y sectarios del judaísmo tradicional, podrían haber divinizado a Jesús. ¿Qué tiene de extraño?, y en cualquier caso ¿podemos fiarnos de ellos?

En vida de Jesús los Apóstoles no tenían conciencia de que Jesús fuese el Verbo de Dios o la Palabra encarnada, como escribe Juan en su Evangelio, sino que después de la resurrección su vida fue reinterpretada, expresada según el propio estilo y la teología concreta y particular de cada evangelista. Mi opinión es que la elaboración teológica del autor, no rompe la figura de Jesús como hombre, sino que le dan el sentido y significado que entendieron tras tener una perspectiva del conjunto de los hechos que habían vivido. Además, no puedo creer que un grupo de hombres vulgares como ellos, pudieran inventarse todo. No creo que se pueda inventar la figura humana y divina de Jesús, en los 50 días que van desde su muerte en cruz, hasta la explosión de Pentecostés, en el que sale Jesús como el Cristo resucitado, centro de la fe y de la predicación de los Apóstoles.

Y es que la figura de Jesús-Cristo rompe con lo que para los judíos es ser un hombre bueno cumplidor de la Ley de Moisés y con la idea judía de Dios justiciero, todopoderoso, llegando a la idea cristiana de un Dios entregado al capricho de los hombres. ¿Cómo puede ser inventado, sin haber nadie que abra el camino para llegar a esas concepciones? ¿Quién fue el promotor de esas ideas? ¿Quizás Pedro o Santiago, junto al puñado atemorizado de seguidores? ¿Tal vez Pablo, que fue perseguidor de los nazarenos seguidores de Jesús, y llega al grupo cuando las principales ideas ya están por todas partes? Todos se refieren a Jesús como punto de origen y fundamento de lo que dicen. Sin duda se debe a Jesús de Nazaret, el maestro, hacia donde todo converge. Es Jesús el único responsable.

4. El Reino de Dios.

4.1. El mensaje del Reino.

Podemos decir que Jesús centra su mensaje en la llegada inminente del Reino de Dios. Evidentemente no se refiere al Imperio Romano o a un supuesto Imperio Judío, tal como esperaba su pueblo que hiciese el Mesías libertador, más poderoso aún que Moisés su gran profeta. Pero Jesús no pudo o no quiso levantar un ejército en armas, como hicieron David o Mahoma para la conquista de un reino o imperio. ¿Fracasó? Ciertamente, pues muere ejecutado en la cruz por su pretensión de ser rey de los judíos contra Roma.

Si pensamos que con ello se explica la figura histórica de Jesús nos equivocamos. De la lectura de los Evangelios sinópticos que narran su vida, no puede decirse que fuesen estas las intenciones de Jesús sin forzar los textos. Ni pretende formar el Gran Reino Judío de río a río como profetizaban las Escrituras, ni tampoco fue su intención liberar a su pueblo del poder de Roma. Su reino no es de este mundo tal como dijo y se entiende su significado.

Hoy se oye decir con insistencia que Jesús fue un fanático iluminado, que anunció la proximidad del fin del mundo, del desastre final, puesto que proclamó que ya estaba cerca la irrupción del Reino de Dios, su soberanía y poder, con el inmediato juicio final de todos los hombres. Este modo de ver a Jesús no puede sostenerse si no eliminamos textos que lo contradicen abiertamente, como son el conjunto de parábolas sobre el Reino: la semilla, la perla, el grano de mostaza, el sembrador, la levadura, entre otros muchos. Jesús más bien que

como un golpe repentino en el que se establece la soberanía o Reino de Dios en el mundo, lo explica como un proceso de desarrollo. Al principio no se percibe, pero con el tiempo crecerá, se hará grande a la vista de todos, tanto que será imposible dejar de verlo.

Si el Reino tiene que crecer, dependerá su extensión de la labor que hagan sus discípulos. De esta actividad ha surgido la Iglesia, con el objetivo de propagarse hasta los confines de la Tierra. Por tanto puede pensarse, que la Iglesia es la realización del Reino de Dios. Sin embargo, si comparamos las características del Reino de Dios con la Iglesia la diferencia es tan enorme que resulta imposible igualar ambas cosas. Por tanto la Iglesia no es el Reino, quizás puede considerarse todo lo más como el medio fundado por los apóstoles para conseguirlo. El Reino como lugar de salvación del hombre, no consiste en la pertenencia formal a la Iglesia, sino que depende de una conversión personal por la fe, de una reconciliación con Dios.

Puesto que el Reino depende del individuo, de la vida interior o espiritualidad de cada persona, podría pensarse el Reino como el conjunto de esas personas convertidas o salvadas. Ciertamente es que Cristo interpela a las personas individualmente tratando de convertirlas a Dios por la fe y las obras. En conclusión podríamos decir que el Reino está en el interior de las personas ganadas para el bien. Su extensión puede ser enorme, dado que no se trata de pertenecer a determinado grupo, pueblo o institución como la Iglesia, sino del cambio de las personas hacia el bien y por tanto la mayor parte del mismo permanece oculto, en el interior de las buenas personas. Su extensión es necesariamente lenta pues tiene que convencer o convertir uno a uno, hombre a hombre, sin poder imponerse, pues a nadie se le puede obligar a cambiar hacia el bien si él no quiere hacerlo. Cambiar hacia el bien en la medida que Cristo propone no está a nuestro alcance y por ello Jesús insiste una y otra vez en que tengamos fe y nos dejemos ayudar por Dios.

4.2. Reino de justicia.

Entender el Reino de Dios de este modo, como vida interior como espiritualidad, se reduce a un asunto privado. El Reino no va más allá de un concepto o ente abstracto del conjunto de las buenas personas, y esto tampoco se corresponde con el anuncio de Jesús. El Reino de Dios que anuncia Jesús es un reino de paz, de justicia, de liberación, de salvación, dirigido a toda la humanidad sin distinciones por su condición, capacidad o procedencia. En este llamamiento por la justicia, se ha querido ver la raíz de los movimientos de liberación de los pueblos de tipo revolucionario, anti-institucional, incluso arreligioso o profano. Se ve en Jesús de Nazaret un formidable luchador contra las instituciones de su tiempo, contra los sacerdotes, el Templo, la Ley, y se señala que la muerte de Cristo en la cruz fuera de Jerusalén, no tiene un carácter sagrado sino todo lo contrario. Si Jesús apelaba a Dios para lograr el Reino libertador del hombre, sólo se debió a su condición de judío y al ambiente histórico en el que vivió, en el cual Dios ocupaba el centro de las preocupaciones de su pueblo. Hoy la idea de Dios ha dejado de preocupar a muchos y su posición ya no es central en nuestras sociedades, aunque es verdad que el mensaje liberador de Jesús todavía sigue vivo en la mente o memoria colectiva de gran parte de la población, que hasta ayer fue cristiana.

A mí me parece que esta lectura de Jesús tiene un sesgo evidente, eliminando de él lo que no interesa. Cristo habla de Dios, de la soberanía de Dios en el mundo, de su inminente acción liberadora. Entonces se me dice que en esto Jesús se equivocó, pues si Dios se puso en marcha hace ya 20 siglos para la liberación del hombre, es evidente que lo ha hecho mal, muy mal,

pues nuestro mundo ha sido y sigue siendo injusto, el mal sigue imponiéndose en todos los frentes. ¿Qué queda entonces aprovechable del anuncio de Jesús sobre el Reino de justicia, aparte del mensaje liberador utópico como fondo idealista irrealizable?

Pregunto ¿el mensaje de Jesús se refiere al proceso de desarrollo del Reino y su triunfo al final de la historia o se refiere a otra cosa? ¿se refiere a la justicia humana, al hombre, o se refiere a Dios, a la soberanía de Dios? Evidentemente todo el programa de Jesús está referido a Dios, ese es su objetivo fundamental y como consecuencia de ello fijar la posición que el hombre ocupa en relación con Dios. Su pretensión, inaudita para la idea judía de Dios Altísimo, es que él está haciendo en su vida la voluntad de Dios, realizando la acción y soberanía de Dios en el mundo tal y como Dios lo haría, sin distinción ni diferencia. Remarca una y otra vez que él no habla ni actúa por sí mismo, sino que ha sido “enviado” por Dios para hacer y decir exactamente lo que Dios quiere que diga y haga. Si esto no se queda en pretensión sino que es real, entonces lo que tenemos en Jesús es a Dios mismo con nosotros.

Jesús no es sólo un maestro de filosofía o de moral, un profeta religioso, sino que por él Dios actúa en el mundo como hombre, no con el poder humano tal como nosotros lo entendemos sino al modo de Dios y para toda la humanidad. Es por tanto su propia persona la que realiza la irrupción de Dios en la historia. Esto es algo completamente novedoso, el hecho de que la soberanía de Dios, el Reino de Dios, se vincule e identifique en su origen y desarrollo con la persona de Jesús es causa de asombro, perplejidad, extrañeza, para cada generación. Y es que el Reino de Dios, su soberanía, no es otra cosa que Cristo, que el hombre Jesús de Nazaret. Reino significa la vinculación de la humanidad a la persona de Cristo. Es el seguimiento a Cristo, la imitación o vinculación a su persona el único modo de entrar en el Reino de Dios, así de simple. Todo lo demás que no esté en línea con esto, funciona como impedimento puesto por hombres, que “ni entran en el Reino ni dejan entrar a nadie”.

En el empeño de seguir a Jesús, es lógico buscar compañeros de ruta que puedan ayudarse mutuamente. Se forma de este modo un grupo o comunidad que por su origen y fines está vinculada a Cristo o en línea con ello. En cierto modo se confía en las palabras de Jesús, que promete estar en medio de los que se reúnen en su nombre. Pero con el tiempo ¿cómo asegurarse personal y comunitariamente que se está trabajando en la dirección correcta y no hacia los propios intereses? Si esto ocurre serán abandonados por Jesús a su suerte, pues han dejado de reunirse en su nombre para hacerlo en el propio. Esto ha ocurrido en la historia de los discípulos de Jesús desde su origen. Sólo la Escritura como norma, como afirman los evangélicos, no es suficiente pues la simple lectura o su profundo análisis lleva a modos muy diversos de interpretación a menudo contrapuestos entre sí. La necesidad de la Iglesia, como única voz en última instancia resulta evidente, (tema que trataré en el capítulo siguiente). Pienso que la vinculación a Cristo por medio de la Iglesia, es la manera más eficaz de asegurarse que uno está en la línea correcta del Reino de Dios.

La afirmación de que el Reino de justicia es la persona de Jesús, no disminuye en ningún caso su fuerza de atracción sino todo lo contrario. La salvación del hombre del mal y la muerte, la liberación de todas sus esclavitudes, la pacificación de sus conflictos, el bienestar, su felicidad, la igualdad fraterna, la solidaridad, el amor, todo ello y más que está en el fondo del ideal utópico como meta humana, está en Jesús. Dios se implica en este esfuerzo del hombre, saliendo al paso como garantía. Si pensamos que un mundo mejor es posible, esto en verdad no es una entelequia irrealizable sino que Dios está con nosotros y garantiza que sea ese precisamente nuestro futuro.

4.3. *Reino y vida eterna.*

Aunque el ideal del Reino de justicia sea esperanzador e ilusionante como meta humana, la realidad se empeña en golpearnos una y otra vez manifestando su lejanía, que nos conduce machaconamente a la frustración y el desengaño. Muchos abandonan esta perspectiva si alguna vez la han tenido, porque han concluido que la propuesta del Cielo en la Tierra es una fantasía engañosa y alienante. Por otro lado, bajar el Cielo a la Tierra como pretendió y aún pretende el progreso cientista ilustrado, el liberalismo individualista, el comunismo, el fascismo o el más superficial bienestar consumista, han dado consecuencias desastrosas que nada tienen que ver con el Reino de Dios. Y es que el Reino no se refiere a una cuestión política de una estructura concreta de la sociedad, y mucho menos teocrática. Todos los intentos realizados en la historia de imponer para siempre una estructura teocrática, un mundo regido por Dios, han sido un rotundo fracaso, dado que son sistemas radicalmente injustos pues vulneran la dignidad y la libertad de las personas, al tratar de imponer a todos las verdades de un grupo que las piensa como absolutas. Así que la justicia del Reino debe ser cosa del otro mundo, lo que a una gran mayoría les trae sin cuidado, pues ni forma parte de sus preocupaciones ni de sus intereses.

Pero la cuestión no es el paraíso prometido, sino el enfoque, el sentido que le damos a nuestra vida aquí y ahora. Yo creo que avanzar en el nivel de justicia es mucho más importante que el progreso del conocimiento y del desarrollo tecnológico. Sin duda estos son importantes para comprendernos a nosotros mismos y nuestro entorno, con lo que nos moveremos en él con mayor soltura y satisfacción. Pero si los modos y la finalidad de su uso no están regulados y controlados por la justicia, el resultado es que se volverán contra nosotros de manera inevitable y catastrófica.

La cuestión fundamental entonces será: ¿cómo avanzar en el nivel de justicia con objetivos comunes, a diferentes plazos de realización hacia el futuro inmediato y lejano? Si no hay una dirección y unos valores que puedan asumirse por consenso lo más amplio posible, con los cuales se vayan fijando una metodología cada vez más ajustada, las posibilidades de conseguirlo serán escasas. Visualizando la meta final, concretando a donde queremos llegar juntos sin exclusiones, tendremos un criterio para tomar decisiones y elegir entre las posibilidades que se nos presenten. No es lo mismo ponerse a trabajar por la justicia que en su contra o ser indiferente, tanto en el ámbito individual como en el colectivo. No, no es lo mismo. Mientras que uno genera esperanza, optimismo, el otro genera desánimo y cinismo ante las cosas importantes.

Sin embargo, el nivel de implicación no puede ser muy alto si sólo imaginamos que el logro de la meta final es una cosa exclusiva de la última generación humana, en el caso de que todo salga bien. Si esto es así, a mí personalmente no me puede afectar demasiado, ni tampoco me puede dar una intensa motivación para echar una mano y la cosa quedará en buenos deseos. A algunos puede motivarles saberse en línea con el desarrollo humano y darles cierta satisfacción, pero para mí esto no es suficiente. Yo quisiera participar de esa última generación humana que vivirá en plenitud, y esto es precisamente el anuncio de Jesús del Reino de Dios, cuando se haga realidad el triunfo definitivo del hombre sobre el mal y la muerte. Yo creo en el triunfo final del bien, porque Dios lo garantiza y está implicado en ello. Si a veces no lo vemos es porque la soberanía de Dios que actúa en nuestro mundo, no lo hace al modo humano imponiéndose, sino llamando uno a uno, hombre a hombre a su Reino, y el resultado depende de nuestra libertad de decisión y respuesta. Jesús llama a la resurrección y a la vida en plenitud, hoy y desde el origen del hombre hasta el final y para siempre.

5. *La resurrección.*

La vida humana está llamada a la resurrección, a la vida eterna, y esta fue la primera afirmación de los Apóstoles que la proclamaron de Jesús como un hecho real de la historia, la cual nos afecta a todos. Porque si Jesús resucitó realmente, también lo haremos nosotros. Ellos proclamaron que a pesar de haberle dado una muerte en cruz, vive y se apareció resucitado a los Apóstoles y a muchos de sus discípulos. ¿Cómo pudieron creerlos? Nadie en su sano juicio puede creer una cosa semejante. Sin embargo, cuando el que lo dice es una persona íntegra, coherente, nada exaltado, sino que irradia una seguridad aplastante, puede que empecemos a dudar y preguntarnos ¿puede una persona como esta tratar de engañarnos? ¿puede ser un farsante? Lo más probable es que no, pero tal vez podríamos pensar que esté enajenado, loco o engañado, y haya confundido una visión o ensoñación con la realidad.

La resurrección de Jesús podría ser un montaje de un puñado de hombres, desengañados por la muerte de su maestro, que al intentar no perderlo todo adornan su figura dotándola de poderes divinos, llegando a la resurrección como señal de la llegada del fin de los tiempos. Les tocaba vivir ese tiempo y por tanto era necesario que Jesús resucitase, ya que ellos junto con los fariseos creían en la resurrección final. Tenían las palabras de Jesús de que algunos no morirían sino que serían llevados a la Vida. Convencidos de que el final había llegado, sólo les quedaba un paso para admitir la resurrección del maestro. Es posible que algunos discípulos reaccionaran ante la muerte de Jesús con una carga psicológica extraña y ciertos malentendidos produjeron la confusión. El medio fraude y las medias verdades, parecen necesarias para seguir con la secta apocalíptica de los nazarenos, sin lo cual todo estaba perdido, es decir, sin poder construir el Reino de Dios al final de los tiempos, que era la misión encargada por su maestro

Así que podría parecer verosímil como afirmaron los romanos y se indica en el NT, que algunos discípulos de Jesús robaron su cuerpo, lo escondieron e informaron de la resurrección al resto. La tensión que habían vivido, desmoralizados y angustiados, la imposible resurrección se ve entonces como probable y hace renacer la esperanza y la fe. Algunos creen haberlo visto, otros que han hablado con Él, otros lo han tocado y hasta han comido con él. ¿No son alucinaciones? Tal vez, pero la idea va tomando cuerpo se va haciendo fuerte. De modo que cuando se vuelven a reunir los Apóstoles, ya es común la idea de la resurrección y simplemente el Colegio Apostólico lo confirma. La secta de los nazarenos renace de sus cenizas. Anuncian la muerte y resurrección de Jesús, como centro de su fe, separándose de este modo del resto de los judíos.

Siguiendo con mi proceso de racionalizar mi fe, que no echa mano a milagros, espíritus, duendes o fantasmas, tengo la necesidad de proponer alguna causa de explicación racional de la resurrección, aunque su posibilidad sea casi nula. Si los cristianos decimos que la resurrección es un hecho real, pues según el modo que tengo de entender las cosas, tengo que descartar toda intervención mágica y también evitar situarla en un marco atemporal, mítico. Para mí decir que la resurrección se realiza por el poder de Dios, no la separa suficientemente ni de la magia ni de los mitos, ni de tantos otros dioses que mueren y resucitan.

Me explico: si el hombre algún día llegase a la plenitud, significa que no existirá ningún límite para el hombre que no pueda ser traspasado, con la ayuda de Dios. El hombre sabrá como devolver la vida y tendrá la tecnología adecuada para hacerlo. Hoy la ciencia ficción nos tiene acostumbrados a tecnologías superavanzadas del futuro, y pienso que aunque sean fantasías

de la imaginación, ya no nos cuesta tanto aceptar posibilidades que hasta ayer resultaban imposibles. Todo dependerá del nivel ético alcanzado, para que el conocimiento no se vuelva contra el hombre haciendo de la vida un lugar imposible y termine por destruirlo. Por tanto se requerirá para ser resucitado un sentido de la justicia elevado y Jesús de Nazaret alcanza ese nivel y lo supera con exceso, de modo que la resurrección en él puede realizarse, sin lugar a dudas el primero de la historia. (La razón de la resurrección de Jesús trataré de explicarla junto con la encarnación, más adelante).

Sea como fuere el proceso o modo en que se realice, la resurrección de Jesús es el punto central de la fe en Cristo. Pero no se trata exactamente de volver a la vida. En los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles se relatan diversas vueltas a la vida como la de Lázaro, del hijo de la viuda de Naim, la hija de Jairo, Tabitá de Joppe, pero en todos los casos no son más que “sanaciones”, pues en realidad son curados de la muerte como de una enfermedad, luego seguirán viviendo, enfermarán y morirán de forma común, como todos. La resurrección de Jesús es distinta, la vuelta a la vida tal como la conocemos no se produce, su cuerpo resucitado está como en otra “dimensión” distinta a la nuestra. Las propiedades del “cuerpo celeste”, son distintas al cuerpo físico que tenía en vida mortal, no tiene las limitaciones de la materia ni de las formas de energía física que conocemos, ni tampoco se encuentra condicionado por los límites de nuestras dimensiones espacio-temporales, tal como describen los Evangelios. Los apóstoles se esfuerzan por contar algo que no entienden, y que no encuentran palabras para describirlo. A mí me parece que Jesús resucitado se encuentra justo en las condiciones y conocimiento en las que vivirá la última generación humana, cuando vencido todo mal, superada toda limitación, se llegue a la plenitud.

Claro es, que para traer el futuro al presente se requiere fe. En sentido religioso, se trata de una experiencia de resurrección, más que una visión, o toma de contacto. Se exige la fe, no sólo a cada cristiano sino también a los Apóstoles y discípulos que lo vieron. Cuando se les aparece Jesús, muchas veces no lo reconocen pero cuando lo hacen todo cambia de pronto. Es una experiencia transformante, de manera que tras ella ya nada será igual en adelante. La descripción adecuada es la caída del caballo de Pablo en el camino de Damasco, a partir de entonces todo es distinto para Pablo. La experiencia de la resurrección de Cristo es algo muy singular, que ha ocurrido en muy contadas ocasiones, a los Apóstoles, y a algunos de sus discípulos, los demás nos conformamos con sus testimonios. Después de un tiempo, Jesús vivo vuelve al Padre en la ascensión y esperamos su segunda venida con todo su poder y majestad. Nos deja hasta entonces su Espíritu y su Iglesia.

La resurrección pone el sello de Dios a la figura de Jesús y marca el punto clave que separa la fe en Jesús como un profeta religioso entre otros, de la fe en Jesús como Hijo de Dios y por tanto único. Sin ella la muerte en cruz de Jesús condenado como malhechor, sería su final y por tanto su fracaso total, y el abandono sería la última respuesta de Dios. ¿Una invención desesperada? Yo creo que no, que esto sólo puede afirmarlo aquel que no se ha detenido a analizarlo. No creer que Jesús de Nazaret resucitó, es precisamente dejarlo colgado en la cruz, abandonado por todos. Esto significa que el camino abierto por Él para ir a Dios, termina en el fracaso y por tanto es falso, y en consecuencia Jesús sería un falso profeta.

6. La encarnación.

La resurrección, la ascensión de Jesús al Padre, y la presencia del Espíritu Santo en Pentecostés, es la prueba y el impulso que los Apóstoles reciben para proclamar que Jesús es el Hijo único de Dios. La Iglesia en Nicea (325 d.C.), declara la divinidad de Jesús, después

de separar como herejes a los que rebajaban por ínfima que fuese la condición de Jesús, con la fórmula de Ireneo (130-208 d.C): **verdadero Dios y verdadero hombre**. La oscilación entre estos dos conceptos, poniendo el acento en uno u otro, ha sido una constante en la teología dogmática cristológica de la Iglesia, que llega hasta nuestros días. La razón es que es prácticamente imposible juntar lo divino y humano, lo finito con lo infinito, y explicar la unidad de Jesús formada con dos componentes tan dispares. ¿Cómo pueden en Jesús estar presentes, juntas y a la vez, con total perfección, sin confusión, sin cambio, sin división, ni separación, lo divino y lo humano?

Sin embargo, si aceptamos la propuesta de Dios como plenitud humana y no idéntico a lo Absoluto Eterno, no como Creador todopoderoso (aunque lo sea) sino como clave de accesibilidad a lo Absoluto (divinidad), tal vez la propuesta de Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre nos parezca más razonable. Esto no significa una subordinación de Dios a lo Absoluto por mínima que sea, sino que hay una diferencia digamos funcional entre ambos. Desde la propuesta de Dios como idéntico a lo Absoluto no hay forma de entender su unión en una persona. Y es que llenar de contenido el concepto de Persona Absoluta es imposible, pues al ser contradictorio carece de sentido y resulta incomprensible.

Una explicación razonable y que mantuvieron probablemente algunos cristianos en los primeros años después de Cristo, fue que el hombre perfecto Jesús histórico, tras su resurrección por Dios, fuese glorificado y constituido en Hijo de Dios junto al Padre. Ahora bien, si Jesús de Nazaret es verdaderamente Dios no puede serlo solamente después de la resurrección, sino que lo será desde siempre. Así que nos encontramos con que Jesús tiene que ser Dios antes de su concepción, en ella, después de ella, como embrión, al nacer, como niño, y luego como hombre. Se puede entender la presencia de toda majestad, gloria y poder de Dios en el cuerpo resucitado de Cristo, porque puede pensarse como diferente al cuerpo físico y común a todos. ¿Pero cómo puede meterse Dios en el cuerpo de un hombre, de un niño, en un puñado de células o en un óvulo fecundado? ¿Cómo sucede el anonadamiento de Dios? Me siento incapaz de responder, pero no me puedo conformar con el puro sentimiento.

Vamos por partes. No puedo detener mi racionalización sobre Jesús en sus dos momentos cumbres resurrección y encarnación, y dejarlos en una nube de misterio. Mi proposición de Dios como plenitud humana, es consecuente con que esa plenitud se haga realidad histórica en Jesús de Nazaret. Si pensamos que el hombre en su madurez puede alcanzar la plenitud, pregunto un joven ¿no puede tener plenitud porque le falta madurez? Un joven no es proyecto de madurez sino que vive su juventud con pleno sentido tal cual es, no como preparación para la madurez. Lo mismo podemos decir de la niñez o la vejez, que no es añoranza de un tiempo pasado en el que se estaba “en forma”, sino que es un tiempo de vida con otros objetivos y perspectivas. ¿Puede decirse lo mismo para un recién nacido, un embrión o un óvulo fecundado? Ciertamente la culminación de la vida de Jesús se alcanza en la cruz a los treinta y tantos. Pero, ¿por qué razón la plenitud iba aparecer de pronto y no ser una consecuencia desde su origen? Si apareció en un momento u otro de su vida ¿no tiene un sentido más fuerte de intervención mágica que si fuese desde su origen?

Biológicamente hablando la individualidad de Jesús como la de cualquier ser vivo que se reproduce sexualmente, comienza en la fecundación, en la unión del óvulo y el espermatozoide, en la fusión de dos células anteriores especializadas en esa función. El cigoto, el óvulo fecundado, ¿contenía la plenitud? ¿Hay plenitud en el óvulo y en el espermatozoide antes de que suceda la fecundación? Si se dice que sí, también cada una de las células del organismo contendría la plenitud, cosa que es absurda. Pero entonces, ¿acaso la fecundación

es un proceso mágico que confiere la plenitud, aunque solo sea a Cristo? Es absurdo pensar que una célula, aún teniendo en cuenta la complejidad de su estructura comparable a un ser vivo unicelular, pueda pensarse aisladamente como plenitud humana. Pero lo que digo no es esto, sino que como la biografía de un hombre se escribe desde su fecundación a su muerte, si en conjunto resulta la plenitud humana pues eso significa que en cada una de sus fases también lo es.

Esto tiene consecuencias en la cuestión del aborto. Planteemos la cuestión: ¿puede haber plenitud si la muerte se produce en el recién nacido, en el feto o en el embrión humano? A primera vista parece que no la hay en una vida truncada antes casi de comenzar. Sin embargo, ninguno de nosotros termina la vida en plenitud, por ello esperamos completarla en la otra vida tras la muerte y resurrección. No es posible saber quienes serán resucitados en la otra vida, ni cual será el primer hombre que pueda considerarse como tal en la historia, ni tampoco la edad mínima para ello. Pero pienso que sus desconsolados padres, familiares o amigos ¿no harán lo que esté en su mano para llamar a la vida a sus niños muertos, incluso a los no nacidos, para que puedan completarla?

Jesús es el único que muere en plenitud. Si existiesen retrocesos, desvíos, cambios de sentido, errores, retractos o arrepentimientos de culpas, etc., durante su vida como ocurre en el hombre normalmente, pues en este caso tal vez podía hablarse de excelencia humana pero no de plenitud. Y nosotros los cristianos decimos que nada de todo eso se dio en Jesús desde el principio al final de su vida, pues creemos que Jesús es plenitud humana siempre, imposible para el hombre pero no para Dios.

Si hablamos de plenitud desde siempre, entonces es necesario hablar de encarnación- vida- y resurrección de modo inseparable. Voy a decir un disparate y espero que me perdonen. Jesús es resucitado tras su muerte, vive en la última generación humana sin límite de espacio tiempo, ¿podría haberse dado una especie de “clonación” de sí mismo, del hombre Jesús que vive en la última generación humana, a fin de realizar con todo detalle su propia biografía que ya conoce? Bueno olvidenlo, si les parece mejor dejarlo en el misterio pues vale, pero como siempre a mí me gusta pensar que existe una posibilidad ni mágica ni mítica, aunque sea descabellada.

7. La Virgen, Madre de Dios.

El evangelio de Juan omite cualquier referencia a la infancia de Jesús, en el prólogo ya ha presentado a Jesús y ha hablado de la encarnación en términos teológicos. Marcos sin embargo, introduce a Jesús presentado por el precursor Juan Bautista y el bautismo de Jesús. Algunos autores han pensado que fue este momento cuando el hombre, Jesús de Nazaret toma el Espíritu de Dios. En este caso Jesús no sería desde siempre y en todo momento Dios, sino un hombre escogido por Dios con cualidades excepcionales, dotado especialmente con el Espíritu de Dios, pero en ningún caso se podría hablar de Dios con nosotros.

El evangelio de Mateo también describe el bautismo de Jesús, pero remonta su escrito hasta la concepción de María y Lucas incluso hasta la concepción de Juan Bautista. Ambas versiones para enfatizar que el nacimiento de Jesús es algo extraordinario, hacen valer un escrito de Isaías (Is 7, 14) en el que se dice que una Virgen concebirá y parirá un hijo, que será llamado Enmanuel. Tiene que ser extraordinario y maravilloso porque Dios mismo, sin dejar de serlo, viene a alojarse en el seno de María. ¿Cómo puede ser eso posible? El milagro no consiste en que María sea virgen o no lo sea, sino ¿cómo puede contener a Dios? ¿cómo puede

ser casa o templo de Dios? Es extraordinario ¡¡claro que lo es!! Ni el Santa Santorum del Templo de Jerusalén, ni el lugar más sagrado de la Tierra que pueda imaginarse, nunca han contenido nada de Dios. Los lugares santos se consagran, con el fin de que Dios desde el cielo gire sus ojos hacia él, y de modo especial escuche lo que desde ese lugar se le dice. Pero María es más que cualquier Templo. María tiene a Dios en su seno. Es el Templo perfecto de Dios.

En consecuencia ¿le corresponde a María el título de Madre de Dios? ¿Acaso puede ser paradójicamente una mujer madre de Dios, su Creador? ¿Es una locura, pura fantasía mitológica o profundo misterio? La Iglesia la proclama como Madre de Dios, inmaculada, sin pecado desde su concepción, porque escrupulosamente no admite que María fuese sólo la madre del hombre Jesús, pues en Jesús no puede separarse su doble condición divina y humana, en ningún momento, ni con ningún acento diferencial en ninguno de sus dos aspectos. Si María es madre de Jesús, no sólo es del hombre Jesús, sino también del Hijo de Dios.

Se dice que María concibe a Jesús de modo virginal, cosa que se ha destacado especialmente en el catolicismo. Algunos (en el Talmud), piensan que María fue proclamada virgen, aunque en realidad no lo era. María una doncella buena y respetada que fue violada por un soldado romano, quedando embarazada. El pueblo en lugar de rechazarla la acogió, sobre todo José un varón honrado ya mayor y viudo, con quien fue desposada. Por eso aparecen en los evangelios los hermanos de Jesús, pero que en realidad son hermanastros, hijos de José pero no de María, (en los apócrifos). No tiene demasiada importancia que así hubiera sucedido realmente, pues Dios podría haber escogido cualquier madre y cigoto para encarnarse, no necesariamente de una virgen. Sin embargo ¿qué razones hay para montar otra historia distinta a la que cuentan los evangelios?

Si fue realmente virgen María cuando concibió a Jesús, siempre me he preguntado desde la Ciencia cómo podía ser posible. Si Jesús es concebido sólo por María, o bien es un individuo haploide, por desarrollo del óvulo, con 23 cromosomas en lugar de los 46 normales, o bien tendría repetidos los cromosomas de María, mediante una autofecundación y por tanto homocigoto para todos los caracteres. Ambas cosas son imposibles, pues tenemos un gran número de genes letales que impedirían el desarrollo del embrión. Además Jesús es varón, y por tanto tendría que tener el cromosoma Y, junto al X de María.

Tal vez María fuera algo especial, preparada para la concepción de Jesús en el momento de su propia concepción. En la concepción de María, en el proceso de fecundación, el espermatozoide normal de su padre Joaquín tendría un cromosoma Y, pero el óvulo de su madre Ana, tendría por error relativamente frecuente, dos cromosomas X, uno de ellos supernumerario. En este caso María sería cromosómicamente XXY, pero en lugar de dar una deficiencia (síndrome Klinefelter), presente en todas las células, se produjo un mosaico, de modo que el cromosoma Y quedó aislado y sin función, sólo presente en alguna estirpe de las células primordiales de las células germinales. El resto de las células de María eran perfectamente normales XX. Al formarse las células sexuales en María aún en estado de embrión, entran en meiosis duplicándose el ADN, momento en que pueden producirse mutaciones y recombinaciones de genes. ¿Intervención de la mano de Dios para introducir características propias de Jesús? ¡quien lo sabe! La meiosis se detiene en su primera fase y no continúa hasta que se produce cada ciclo menstrual.

Cuando María acepta el plan de Dios sucede algo maravilloso. María produce el desarrollo de un folículo progresando la meiosis. Pero el ovocito tiene junto a él una célula con un cromosoma Y. La primera división junto al ovocito y el primer corpúsculo polar tienen al lado

una célula sexual normal con 23 cromosomas siendo uno de los cuales el Y. La segunda división, en la que ya se forma el óvulo y el segundo corpúsculo polar con la zona pelúcida que lo rodea, hay junto a ellos una célula pequeña sexual con estructura de espermatida inmadura que lleva el cromosoma Y. Las tensiones de la ovulación, u otras causas producirían la fusión de las membranas y la fecundación. ¿Probabilidad? pues probablemente nulas, pero me gusta pensar que existe una posibilidad.

Claro que si lo que se dio fue una especie de clonación, nada de todo esto tiene razón de ser. En este caso, pudiera ser que María no interviniese con sus genes en la dotación cromosómica de Jesús, siendo su aportación alojar el embrión en el útero y quizás un óvulo enucleado. Los cromosomas de su hijo serían proporcionados directamente por el cuerpo resucitado de Jesús, algo que al fin y al cabo resulta paradójico. Pienso que todo esto puede resultar como poco extraño, y a muchos les resulta más simple dejarlo en el misterio. Pero se entendía mejor antes, cuando no se sabía casi nada de biología y se hablaba de la semilla humana (el homúnculo) con fuerte acento mágico, y puesto por el varón en el seno de la mujer, que en el proceso de la encarnación Dios milagrosamente realizaba. Hoy tenemos que hablar de células, cromosomas y genes, y por tanto lo que recibe María no es un hombrecillo diminuto, sino un cigoto, un óvulo fecundado, con su estructura celular, sus cromosomas y sus genes. Si esto no fuese así, Jesús no sería humano y esto no es lo que dice nuestra fe.

8. Jesús en el límite humano del hombre.

Jesús es Dios desde siempre antes del principio y después del final, pero en el tiempo entre su concepción y resurrección no podía estar presente en toda su gloria, porque en ese caso no sería verdaderamente hombre. Presente en el hombre Jesús de Nazaret, está Dios justo en el límite en el que es Dios y hombre al mismo tiempo, como sólo Dios puede entenderlo y realizarlo. Esto supone que el límite del hombre está a la altura del mismo Dios. Jesús es ese límite, la meta del hombre, como hombre total y pleno. La existencia de Dios es afirmada como garantía de que el hombre puede ser llevado a su límite utópico, y que es una posibilidad real que termina y concluye en Dios.

La afirmación de que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, se debe a una revelación de Dios por su Espíritu, pero también al estudio con todo detalle de la increíble y profunda intimidad e inmediatez que Jesús mantiene con Dios, a lo largo de su vida, de forma natural sin éxtasis místicos, ni revelaciones proféticas y también de modo continuo, sin oscuridades ni retrocesos. Por otro lado, Jesús se sitúa en el límite del hombre definitivamente, y no cabe ir más allá de Él, no sólo en su contexto histórico sino para cualquier tiempo y lugar. No puede existir una segunda encarnación de Dios, pues no quedaría nada que pudiera hacer ese supuesto segundo Hijo de Dios. Jesús es la acción de Dios con nosotros total y completa, de una vez y para siempre. Si todo ello no fuese cierto Jesús no sería el hombre perfecto y pleno y por tanto tampoco el Hijo, sino sólo una figura extraordinaria de la historia del hombre. Así que para admitir de forma razonable que Jesús es el Hijo único de Dios deberíamos poder probar que Jesús es el **límite humano del hombre**.

¿Cómo probarlo? Haciendo mío un pensamiento de S. Justino (s. II d.C.), diría que todo lo bueno y lo razonable que podemos encontrar en el mundo y en el hombre pasa por Cristo-Jesús. Sin embargo, a primera vista parece que en nuestras sociedades tecnológicamente avanzadas de pensamiento posmoderno y casi unidimensional en política económica, tienen

muchas cosas razonables y buenas que nada tienen que ver con Jesucristo. Pensamos en el conocimiento científico, en los avances de la técnica, en la industria, el comercio, en el derecho, en las estructuras democráticas, ¿qué tiene todo esto que ver con Cristo?

Basta hacer una pregunta ¿Qué sentido tiene todo el desarrollo de nuestras sociedades? ¿Cuál su finalidad? Debajo de cada avance técnico industrial o comercial o de cada tesis científica está su sentido último y su dimensión ética. Si es bueno o malo, si atiende a justicia y derecho o no lo hace. Es en la valoración del hombre que le da sentido y en la dimensión ética de los comportamientos humanos, en lo que se presenta Jesús como meta indiscutible. La religión desde el primer capítulo del AT, es inseparable de la ética, es decir, inseparable de las relaciones de los hombres entre sí y de sus relaciones con Dios. Esto no quiere decir que no exista una ética independiente. Sabemos que desde Kant es posible estructurar una ética desde sí misma, independiente de la Ley natural o de la Ley de Dios. Pero de la religión no se puede separar la ética, pues la religión trata precisamente de la relación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí, y por tanto de la valoración del hombre y del comportamiento humano.

9. La cruz de Cristo.

Jesús nos trae el sentido pleno de la vida y la ética perfecta. Él es el camino, la verdad y la vida nueva y eterna para todos los hombres, pero sobre todo es la salvación de todas nuestras esclavitudes. Y todo esto no es posible si el pecado y el mal permanecen en nosotros. La redención es la gran obra que Dios hace por Cristo, que es incluso más grande que la creación. El sello de esa redención es el sacrificio de Jesús, haciéndose voluntariamente víctima inocente en su pasión y muerte en la cruz, símbolo de todo cristiano.

Es una barbaridad, incomprensible y amoral, decir sin ninguna aclaración que el mal y el pecado del hombre es tan grande que ofende a Dios infinito, por lo que le corresponde una culpa infinita, que sólo el sacrificio del Hijo de Dios en la cruz, puede expiar. ¿Cómo puede complacerse Dios misericordioso, que perdona siempre, que impide el sacrificio humano (Abraham-Isac), en la sangre de su Hijo exigiéndole una muerte abominable? ¿Es que acaso la sangre inocente puede compensar el mal? ¿No es precisamente el peor mal el derramamiento de sangre inocente? En todo caso ¿por qué Dios no extermina a los verdugos sino que se complace en la sangre de las víctimas? Sin embargo, Dios no puede asociarse con la venganza, sino con la acogida y el amor a las víctimas. Cristo no viene al mundo para hacerse verdugo o satisfacer la venganza, sino por el contrario, para acompañar al que sufre, sostener al débil y compartir la suerte de las víctimas de los poderosos. No sólo sufre sino que acepta el sacrificio como víctima y perdona la culpa de los verdugos, por la injusticia que cometen. La cruz de Cristo revela que Dios sostiene al hombre tal cual es, lo malo y lo bueno, con toda su carga de pecado, le perdona, no lo destruye como se merece, sino que lo ama. Hasta aquí llega el amor y el perdón de Jesús, al enemigo, que le desprecia, le insulta, le persigue, le tortura y le mata. Este es el máximo grado de perdón y de amor posible.

Pero la cruz de Cristo tiene un auténtico sentido expiatorio, y esto es así, porque todo el dolor y sufrimiento humano, que clama al cielo como grito desgarrador de las víctimas de este mundo, está presente, representado y unido a la cruz de Cristo. Tantos miles y miles de mártires de la Iglesia, el sufrimiento de tantos inocentes por causa de la injusticia y del mal que el hombre hace, va unido a la pasión de Cristo como ofrenda y expiación al Padre.

Sin duda este es el proceder de Dios más desconcertante, pero también el que tiene una mayor

carga de esperanza. Nosotros los cristianos creemos en un Dios destrozado, humillado, abandonado por todos, desprovisto de todo poder, maldecido en el vergonzoso patíbulo de la cruz. No sólo lo creemos sino que pensamos y estamos dispuestos a llevar la carga de la cruz, del sufrimiento, cada día de nuestra vida. No existe vinculación a Cristo posible si no pasa por aceptar la cruz. Y es que la cruz es el único camino hacia la resurrección, hacia la plenitud del hombre. Si no lo entendemos o no nos creemos capaces de asumirlo, tampoco habrá profundidad ni autenticidad cristiana. Cristo y cruz son inseparables.

Por tanto el sufrimiento no es un hecho vacío de significado y valor, sino que tiene el sentido de expiación, de redención y salvación del hombre. ¿Por qué? Pienso que mientras se escuche el clamor del sufrimiento humano, aún la humanidad no habrá alcanzado la justicia y la paz necesaria de su plenitud. Mientras existan víctimas inocentes, debemos permanecer en la lucha por la justicia y si fuese necesario hacernos víctimas como ellos. Cristo lo hizo voluntariamente, aceptando su pasión y su cruz. Así yo creo que la expiación y redención del hombre no pasa por infligirnos castigos gratuitos por nuestros pecados, sino como consecuencia de acompañar, sostener y defender a los hombres que sufren, víctimas de la injusticia, la humillación, la incomprensión que padecen. La verdadera expiación se encuentra en no claudicar, en no traicionar nuestra decisión por la justicia cuando vienen las dificultades. Jesús no traicionó la verdad que proclamaba, ni a los suyos, y pagó por ello con su vida.

Si la muerte de víctimas inocentes mueve las conciencias y las interpela, para el que conoce la vida de Jesús de Nazaret, su muerte en cruz le desgarró el alma. Para el que cree en su palabra, no considera su muerte como un hecho histórico aislado de hace 2000 años, sino que lo ve como un hecho que sucede hoy y cada día, porque Cristo sigue clavado en la cruz al acompañar a cada víctima inocente. Hoy también volveríamos a crucificarlo, lo estamos haciendo entre todos. Mientras no haya justicia y paz en nuestro mundo, sin exclusiones, el sufrimiento y la muerte seguirán presentes. Sin embargo, tenemos la promesa de Jesús de que al final la muerte será vencida y el hombre de cualquier tiempo y lugar tendrá vida eterna en abundancia. Esta es la esperanza, que ha abierto la redención para toda la humanidad.

10. *¿Quién es Jesús?*

Sin duda esta es la pregunta clave, hasta Jesús mismo la formuló: “¿quién dice la gente que soy yo?” A muchos la figura de Jesús les resulta atrayente pero desconcertante. Algunos piensan que si Jesús fuese Dios como decimos los cristianos, debería haberse presentado con pruebas irrefutables de su divinidad, y no jugar con nosotros dejando unas pistas difíciles de valorar, que nos dejan en la duda y confusión, que sólo puede resolverse con buena voluntad y quizá con cierta credulidad ingenua. Y es que a menudo sólo se ve en Jesús un hombre excelente, que causa admiración y asombro, pero no más que un hombre.

Uno de los argumentos contra Jesús, es que su vida no significó un cambio sustancial del mundo. Después de él hubo tanta maldad, injusticia y violencia como antes si no más, entrando la historia en la oscura y tenebrosa Edad Media cristiana, de la que costó siglos salir de sus terrores y supersticiones, del dominio de la Iglesia que ejerció sobre los pueblos y sus gobernantes. Es evidente que la época de Jesús, no fue el final de la historia donde todo concluye cargado de sentido y plenitud. Sólo constituye su comienzo. Un nuevo comienzo en la dirección adecuada, la semilla del futuro Reino de Dios por él anunciado. Pero este no depende de una transformación mágica del mundo, sino de la decisión libre y responsable del hombre, que lo va construyendo poco a poco si quiere. Muchos se ponen a trabajar con empeño en ello, otros no. Yo estoy convencido de que la dirección correcta es la que Jesús

marca, que la empresa de construir el Reino de justicia, paz y amor tendrá éxito, y que al final de la historia caerá como fruta madura su sentido y plenitud, en la conciencia de todos.

Jesús se presenta a su pueblo de Israel como sanador, maestro y como profeta, el mayor de todos. Causa perplejidad su poder de sanación, de hacer milagros, y algunos ven en este poder la prueba que necesitan, pero otros dudamos de que estos hechos que los evangelios describen con tanta profusión de detalles, sucediesen realmente como se dicen, pues tal vez es posible que puedan tener una lectura más teológica o espiritualista. ¿Cómo iban a deshacerse de un hombre con poderes tan formidables y no utilizarlo para sus intereses? ¿envidia? ¿maldad? No me parece explicación suficiente. También la meticulosidad que manifiestan los evangelios, en las pruebas del cumplimiento de las profecías bíblicas sobre la figura del Mesías judío por parte de Jesús, pueden estar sujetas a diversas interpretaciones, dado que a menudo se fuerzan los textos. Nada lleva a conclusiones definitivas, sobre quien fue Jesús, con certeza absoluta pues ninguna prueba es concluyente. Y es que aunque la vida de Jesús de Nazaret sea extraordinaria, de la máxima calidad humana posible para el hombre, suprema, inalcanzable, de su sorprendente intimidad con Dios, no existe la prueba irrefutable, la certeza absoluta, la demostración clara y definitiva de su divinidad.

Pienso que la prueba irrefutable quizás sea necesario que no la haya, porque el hombre no puede descargar su responsabilidad, su voluntad, su libre decisión en cuestiones de fe o creencia. Necesariamente tenemos que optar, tal como hicimos respecto a Dios personal. Pero ¿hay confusión en la mente de Jesús cuando afirma “Yo y mi Padre somos uno” o “el que me ve a mi, ve al Padre”? ¿hay confusión en el testimonio constante de sus seguidores? ¿cómo es posible que el hombre más excelente, no tenga credibilidad en lo que dice? Excluyo de la opción aquellos de mala fe, no porque tengan dudas razonables, sino que no les interesa por las consecuencias que les supondría optar por Jesús. Sus dudas o su decidido rechazo, constituyen un tipo de problemas diferente. Pero para los de buena fe y voluntad, entre los que creo que puedo contarme, y que nos hemos decidido por Jesús, las dudas pueden presentarse con mayor o menor frecuencia. ¿Es realmente Jesús el Hijo de Dios, es Dios con nosotros? Sería estupendo y maravilloso, pero también casi increíble, el milagro de Dios más incomprensible, el proceder de Dios que lleva mayor carga de misterio insondable.

Si Jesús no fuese el Hijo de Dios, sino sólo un hombre de la mejor calidad humana, maestro indiscutible de vida, seguir a Jesús sería bueno tal vez excelente, que daría lugar a la mejor clase de hombres, pero también una locura utópica. No habría respuesta de Dios para aquellos que renunciando a sí mismos, entregan su vida al servicio de los demás, soportando la injusticia, haciéndose víctimas como Cristo de los poderosos. ¿Dónde quedaría la justicia, la paz, el amor, la tolerancia...? Mejor les iría ocupándose de sus propios asuntos, procurándose una vida de mayor éxito y fortuna, o más placentera y cómoda. Pero pienso que si todos hiciéramos esto, jamás la humanidad llegará a su plenitud. Es necesario que al menos un grupo de hombres, sean la sal y la luz del mundo, imitadores de Jesús de Nazaret, para que podamos afrontar el futuro con esperanza.

11. *Mi opinión, mi decisión.*

Yo creo que Jesús, abre la única vía posible de la humanidad hacia su plenitud y por eso creo que él es la expresión y manifestación de la Voluntad de Dios para todos los hombres, en el respeto absoluto de la libertad de decisión humana. Por eso *quiero creer* que Jesús es el Hijo

de Dios, Dios con nosotros, y a pesar del misterio que conlleva esta afirmación, tengo esperanza.

Jesús de Nazaret tiene el nivel más alto al que el hombre puede aspirar éticamente como hombre justo y bueno. Dedicado y entregado a los demás con una paciencia que llega al límite. Todos se encuentran arropados y acogidos por Él. Desde los ricos y poderosos hasta los más abandonados, enfermos y miserables. También aquellos que sufren persecución y son encarcelados y ejecutados por defender la justicia, porque ahí también llegó Cristo. Por eso el único mandamiento de Jesús es el amor, porque el amor contiene toda la justicia y va más allá de ella hasta el último aliento de vida. Renovando al hombre desde dentro, remueve las estructuras sociales de su entorno, principalmente religiosas, reclamando autenticidad y justicia. No hay ninguna figura de la historia que pueda comparársele, ni creo que podrá haberla nunca. Él es la cima del hombre y su punto de referencia, desde entonces y para siempre.

Jesús de Nazaret para mí es un tipo impresionante que me apasiona, que me deja una huella profunda. Es asombroso que la idea que yo tenía de Dios, coincida con la que Jesús propone, es decir, que si Dios existe tiene que ser como él lo dice. El Dios de Jesús es justamente mi Dios, por el que yo esperaba, el que satisface todas mis expectativas, ejerciendo sobre mí un atractivo irrenunciable. La idea de justicia, de libertad, de solidaridad, de amor, de paz, de acogida, de simpatía, de alegría, de felicidad, lo que espero del futuro, la eternidad, la trascendencia, el sentido, valor y finalidad de la vida, todo está en Jesús de Nazaret. Me ha robado mis pensamientos, mis deseos, mi fe y esperanzas. Lo que yo creía que se debía a mis pensamientos, a mi propio esfuerzo de estudio, de análisis, de pasión, de lógica y sentido común, pues me encuentro con que ya Jesús lo había propuesto 20 siglos antes.

Pero aún hay más, la justicia que yo proponía es insuficiente. Lo que Jesucristo propone va en la misma dirección pero muchas millas por delante, más intensa, más fuerte, más profunda y me invita a hacerla más grande. Lo mismo pasa con la libertad, con la alegría... ¿se puede ser más feliz aún? ¿se puede tener más amor? Me romperé no podré resistirlo. Sin embargo, Jesús sigue apurando, pinchándome para seguir adelante. Sé que el crecimiento nunca se detendrá, siempre habrá más por mucho que tenga, porque en el límite está Dios, justicia infinita, amor infinito. Por eso Jesús es el “sanador” de los males que el hombre padece, el “libertador” de todas sus ataduras. Vincularse a la persona de Jesús de Nazaret significa ponerse en la ruta de la plenitud humana.